



LOS PUEBLOS Y SUS DEPORTES

MIGUEL PELAY OROZCO

*¿Qué importa, si todo lo ve ameno, todo
frondoso, todo risueño y alegre?*

*(P. Manuel de Larramendi: Corografía
de Guipúzcoa).*

¿Has visto alguna vez, lector amigo, una de esas pruebas de *aizkolaris* que se celebran de cuando en cuando en nuestra tierra vasca? Pienso —y ello al margen del perjuicio que puedan causar a nuestro ya esquilado patrimonio forestal (del cual patrimonio soy defensor incondicional y hasta diría que furibundo)— que se trata de un espectáculo excepcional. A mí, al menos, me entusiasma. O, más bien, me entusiasma, porque hace ya mucho tiempo que no acudo a casi ningún evento deportivo, ni rural ni urbano. Ahora bien, más que el espectáculo en sí, creo que lo que me atraía principalmente de estas competiciones rurales era el ambiente que las rodea y anima. La última que me tocó presenciar se celebró en Tolosa, hace ya bastantes años. Recuerdo que era una mañana muy fría, oscura y ventosa, de invierno. Los montes cercanos aparecían cubiertos de nieve. Hicimos el viaje desde San Sebastián en automóvil, con grandes precauciones, entre ráfagas huracanadas y fuertes granizadas. Sin embargo, tuvimos suerte porque una vez en Tolosa el tiempo mejoró, aun cuando persistiera el intenso frío. Al llegar a las inmediaciones de la plaza de toros, nos encontramos con una muchedumbre. Todos los circunstantes eran hombres. Todos caseros, viejos y jóvenes. Los viejos, con los severos trajes negros dominicales —que lo mismo sirven para asistir a un funeral, que a una boda, un bautizo o una apuesta de hachas—, la camisa muy blanca, la boina tradicional y el paraguas. Ese paraguas al que nuestro baserritarra, como el *businessman* londinense, sigue rindiendo sempiterna fidelidad. En aquella concentración agraria todavía podía verse alguna que otra blusa negra, vestidura convertida hoy en reliquia folklórica. Los jóvenes llevaban también la camisa impecablemente blanca —puntillo de las *etxeoandres* de nuestros caseríos— y jersey de lana debajo de la gabardina. Hay que advertir que aún no se había generalizado el uso del anorak, prenda entonces privativa de los montañeros. Pero es el caso que ninguno de aquellos hombres, viejos o jóvenes, parecía sentir frío, mientras que a nosotros la rigurosa temperatura nos afectaba hasta el estremecimiento.

Los preliminares de estos juegos vascos suelen ser siempre muy pintorescos. Los *baserritarras*, en grandes grupos, se van acercando hacia la plaza donde va a tener lugar la prueba, a grandes zancadas, con ese paso peculiar de la gente habituada a la montaña, que semeja alzar los pies en dos tiempos, doblándolos levemente hacia arriba, como si el piso fuera de goma o cosa parecida. A las puertas de la plaza, la multitud escucha en atento silencio las traviesas que a grito pelado proponen expertos corredores venidos de Azpeitia, Zumaya o Eibar:

— ¡Ogei amabosti, Fulanoen alde! ¡Ogei amabosti, Fulanoen alde!

Un detalle que recuerdo también de aquella lejana mañana y que nos chocó a los amigos donostiarras que acudimos al desafío fue el de que, prácticamente la totalidad del público asistente, permaneciera en pie durante la hora aproximada que duraría la prueba. Creo que en toda la plaza los únicos es-

pectadores que presenciamos la pugna sentados —arriba, en una localidad cubierta, alejados de los alaridos ensordecedores y persistentes de los concertadores de apuestas— fuimos nosotros, el pequeño grupo donostiarra. Como digo, todos los caseros —jóvenes y viejos, digámoslo una vez más— que casi llenaban la plaza, embebidos en la lucha y ajenos por completo al frío, a la incomodidad y a toda esa clase de naderías que nos inventamos los urbícolas, se mantuvieron firmes sobre sus sólidas piernas rurales, desdeñando —mejor dicho: ignorándolas por completo— las apetecibles gradas que ofrecían los tendidos del viejo tauródromo tolosano.

Al final, lo de siempre. Como tenía que suceder, uno de los dos *aizkolaris* se erigió en vencedor, y con él sus partidarios; mientras que el otro, naturalmente, perdió, lo mismo que sus fieles *supporters*. Y vencedores y vencidos, los unos jubilosos y eufóricos, los otros sorprendidos y decepcionados, rompieron a aplaudir calurosamente, premiando así la actuación de los dos colosos que allá abajo, en el ruedo, se tambaleaban a causa del esfuerzo realizado.

Los detractores de estos juegos vascos podrán aducir, y no digo que no tengan razón, que en ellos se dan con frecuencia los amaños y las tubiedades. Sobre esta cuestión me he ocupado extensamente en mis libros *Diálogos del camino* y *Pórtico euskariano*. Pero lo que en cualquier caso queda asimismo de manifiesto —y creo que es de justicia señalarlo— es el comportamiento ejemplar de este público singular que se mueve en torno a estos desafíos. Rara vez, incluso bajo las más graves sospechas de tongo, se dan en ellos los escándalos promovidos, un día sí y otro también, por los asistentes a los partidos de fútbol o a las corridas de toros. ¡Qué sería si estos espectadores taurófilos o balompédicos perdieran las sumas de dinero que se dejan los caseros en sus apuestas!

Al abandonar el improvisado estadio rural, los unos para festejar su victoria y los otros para buscar mitigación a la derrota, los aldeanos van dispersándose, dirigiéndose al restaurante, a la venta o a la taberna cercanos, a despachar sus respectivos almuerzos. Y en la sobremesa, cuando ya la sidra o el vinillo de la Rioja ceden su lugar a los licores y cigarrillos, con las mejillas encendidas, los ojillos un tanto animados y el espíritu bien templado, en una atmósfera feliz, adecuada y festiva, cargada con el humo denso de los puros, el aroma de la *pat-harra* y las frescas e ingenuas risotadas rurales, sugirán, uno tras otro, los inevitables *bertsos*, lentos, minuciosos e interminables, emitidos por voces frescas o cascadas, según el poeta de turno sea un mozo veinteañero o un septuagenario desdentado y catarroso. A tales alturas, las estrofas se irán sucediendo unas a otras, suscitando a la concurrencia un entusiasmo progresivo. Cosa lógica, después de todo, pues progresiva ha de ser, asimismo, la jubilosa disposición de ánimo. Esa singular y creciente exultación que manifiesta siempre el *baserritarra* en sus contadas e inocentes parrandas y que, como signo externo, suele reducirse a un bullicioso torneo de carcajadas. De sanas, rotundas y sonoras carcajadas entremezcladas con algún vibrante y aprobatorio «*jori dek, motel!*»...